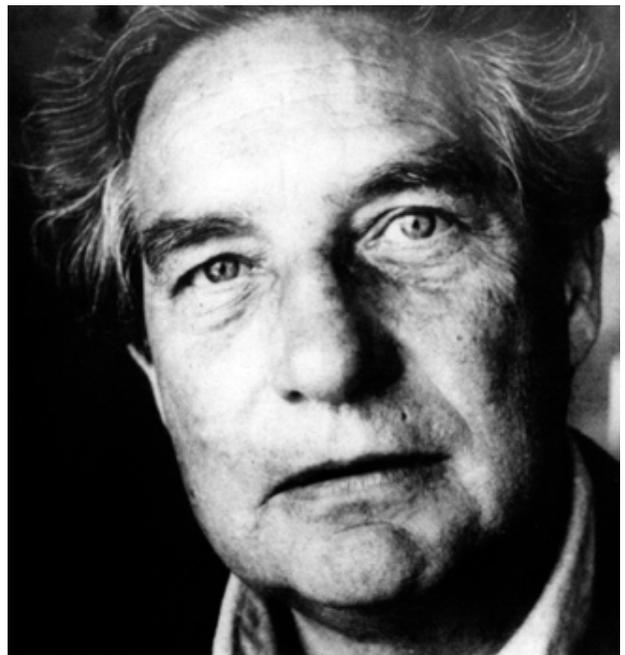


# Octavio Paz: Vuelta a la UNAM

Mauricio Molina

La Colección Voz Viva de la Universidad Nacional Autónoma de México preserva y difunde, desde hace cuatro décadas, las voces de nuestros más renombrados poetas y escritores; su acervo es, hoy en día, el más importante del país. En este concierto no podía faltar la voz indispensable de Octavio Paz, nuestro Premio Nobel de Literatura. Voz Viva de México presenta un importante material inédito que se suma a la recuperación del viejo disco de acetato de Paz en la Colección. He aquí, para los lectores de la Revista de la Universidad de México, el texto de presentación del nuevo compacto con casi treinta poemas en la voz del poeta, que empezará a circular en enero de 2005.





Rufino Tamayo, *El astrónomo*, 1954

*El muchacho que camina por este poema,  
entre San Ildefonso y el Zócalo,  
es el hombre que lo escribe:  
esta página  
también es una caminata nocturna.*

Octavio Paz

En los ya lejanos años treinta, un joven preparatoriano de ojos claros se subía a un tranvía en la terminal de Mixcoac y llegaba a San Ildefonso con un puñado de poemas garabateados en sus cuadernos. Su nombre era Octavio Paz. Junto a él se sentaba una sombra, una presencia invisible. Con ella conversaba de política, de pintura y sobre todo de poesía. Por aquellos años ya había participado en el movimiento estudiantil que luchaba por la autonomía universitaria.

Octavio Paz es, sin lugar a dudas, una de las figuras fundamentales de la literatura y la cultura mexicanas del siglo XX. Gracias a su obra, nuestros párpados cerrados a la modernidad se abrieron y nos descubrimos

contemporáneos del mundo. Su poesía cristaliza y concluye los hallazgos de poetas hispanoamericanos como Huidobro, Vallejo, Neruda, Girondo, Lezama Lima, Rafael Alberti y Jorge Guillén. En nuestro país es el árbol robusto que sembraron López Velarde y Xavier Villaurrutia. En la poesía del siglo XX sólo es comparable a T.S. Eliot o a Fernando Pessoa. Con el primero comparte la experiencia radical de la modernidad: esa sensación devastadora de habitar las ruinas de una cultura que ha llegado a un callejón sin salida. Con el poeta portugués, Paz comparte el rostro innumerable. Octavio Paz no es un poeta, o un ensayista o, más vago aún, un escritor. Su multiplicidad deriva de ese misterioso sentido de la percepción de lo diverso que caracteriza su obra toda. En su trabajo coexisten la Coatlicue y Marcel Duchamp, *Primero Sueño* y *Finnegan's Wake*.

Nadie en nuestra lengua trabajó como Paz el ritmo y la cadencia. A diferencia de los vanguardistas latinoamericanos, su experimentalidad radical nunca estuvo reñida con el cuidado de la forma. El endecasílabo, que

para muchos no era más que una forma métrica para el estudio de los académicos, alcanzó con *Piedra de sol* una de las cumbres máximas de la poesía en nuestra lengua, como no se daba desde las *Soledades* de Góngora o los sonetos de Quevedo. No fue menos heredero de John Donne, Keats, o Mallarmé que de Sor Juana, Sigüenza o Alfonso Reyes.

Sus libros iniciales, compilados bajo el título de *Libertad bajo palabra*, nos muestran a un poeta que se mantiene entre dos vertientes distintas: el cuidadoso manejo del ritmo y la experimentalidad radical. El surrealismo y el Siglo de Oro se entremezclan de manera natural en su trabajo de este periodo. *Semillas para un himno* es en este sentido un libro canónico de nuestras letras. Ahí la estrategia escultórica del verso se funde con el imaginario de la vanguardia latinoamericana. ¿*Águila o sol?*, en cambio, es el gesto de un poeta absolutamente moderno. En esos poemas en prosa, donde escuchamos ecos de Lautréamont, Baudelaire y Rimbaud, se abre un universo nuevo no sólo para la poesía en nuestra lengua sino también para la prosa. Después de este libro seminal es difícil volver a leer la prosa como un hecho puramente narrativo o reflexivo. La palabra salta, la oración fluye, el párrafo ondula. Hasta entonces en lengua española no había aparecido un libro de poesía en prosa tan radicalmente experimental. ¿*Águila o sol?* nos introduce en ese ámbito terrible del poeta que combate con obsesiones, fantasmas y palabras. A menudo pensamos que el poeta trabaja sólo con las palabras, pero éstas son su instrumento. Es en las emociones vivas donde surgen las palabras en las que se encuentra la clave de este libro arriesgado y definitivo.

Mi primer contacto con la obra y la poesía de Octavio Paz ocurrió cuando tenía diecisiete años y cursaba la preparatoria en los ya borrosos años setenta. Como tantos otros de mi generación me sentía atraído hacia el marxismo y la militancia de izquierda. Era la época de la revolución nicaragüense y de las huelgas del sindicato de trabajadores universitarios. Recuerdo que por las mañanas era un estudiante radical y por las tardes, en mis clases de francés en el IFAL, era un poeta en ciernes, de modo que los libros de Marx, Engels y Lenin coexistían en mi breve biblioteca con los libros de Baudelaire, Rimbaud y Mallarmé. Por aquel entonces leía a Kafka y a James Joyce con el entusiasmo y la pasión de quien descubre un reino fascinante y desconocido. No había nada que me pusiera más incómodo que la lectura de los escritores “comprometidos”, que en aquellos años parecían la única lectura posible para un joven izquierdista como yo. Vivía transido: por un lado estaba la más acérrima defensa de la igualdad y la solidaridad con los pobres y las gestas de los trabajadores, y por el otro estaba la pasión por la más alta literatura, la literatura “burguesa”, como mis compañeros sectarios la llamaban.

Como cualquier persona más o menos educada ya había leído cuidadosamente *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz. Muy pronto a esos libros siguieron otras lecturas: *Libertad bajo palabra*, *El arco y la lira*, *Salamandra*, *Ladera este*, *Cuadrivio*, *Corriente alterna*. Estas obras se convirtieron en experiencias y descubrimientos, y no pasó mucho tiempo para que me sintiera absolutamente fascinado por la obra toda de Paz. Recuerdo la única vez que lo vi y hablé con él. Fue durante una serie de conferencias sobre el poema extenso que Paz dio en El Colegio Nacional en 1977. En una de ellas, Paz leyó un prodigioso texto sobre *Altazor*, de Vicente Huidobro. Al terminar la conferencia, Paz estaba rodeado de personas. Logré acercarme gracias a Roberto Vallarino, quien me presentó como un joven poeta. Cuando lo tuve enfrente sólo pude balbucear una especie de saludo. Cuando me extendió la mano recuerdo que quedé petrificado.

De regreso a mi casa después de escuchar aquellas conferencias, acostumbraba tomar el tranvía que pasaba por Isabel la Católica rumbo a Peralvillo. El tranvía, desde mi infancia, había sido el vehículo mágico por excelencia: cacharro mecánico, gusano luminoso. El tranvía fue también lo que me acercó a Octavio Paz de una manera mucho más personal y definitiva. Recuerdo la impresión inicial cuando leí *Nocturno de San Ildefonso* en ese poema estaban la adolescencia de Paz, su militancia izquierdista y su profundo desencanto (que por aquel entonces yo aún no compartía) posterior. Muy pronto aquel joven que caminaba por el poema se convirtió en compañero de mis propios dramas intelectuales.

Los versos consagrados a las vías del tranvía y a las vías del tren constituyen uno de los momentos nodales de la poesía de Paz: esas vías me recordaban al joven que vagaba por el laberinto de la ciudad (*Nocturno de San Ildefonso*) y al padre despedazado en las vías del tren (*Pasado en claro*).

Con el tiempo me di cuenta de que Paz había hecho un largo recorrido entre la juventud revolucionaria y la madurez literaria, entre la “enfermedad infantil del izquierdismo” leniniana y la consagración a esas damas siempre celosas que eran la poesía y la inteligencia. Ese camino lo hemos recorrido muchos de nosotros. Recuerdo con profunda vergüenza la efigie de Paz quemada frente a la embajada norteamericana por mis compañeros de militancia mientras esgrimían las armas de la intolerancia y la pobreza intelectual.

Aquella crítica del marxismo, que tuvo su corolario en *El ogro filantrópico* primero, y posteriormente en el Discurso de Frankfurt, hicieron que Paz se convirtiera en el blanco de la miseria crítica de nuestro país. Sin embargo las reflexiones llevadas a cabo por Paz terminaron por cumplirse en la realidad. Cayeron

Octavio Paz supo situarse en el punto cenital, ahí donde las palabras dejan de proyectar sombra y todo parece brillar como un “alto surtidor que el viento arquea”. El asombro ante las palabras al mismo tiempo distantes del Ocaso y del Principio fue el lugar de su poesía. Ésa fue su certeza.

los muros en *Eu ropa del Este* y resurgió el fantasma del nacionalismo. Los países comunistas desaparecieron hasta que sólo quedaron las dictaduras de Cuba, China y Corea.

Octavio Paz fue un hombre siempre preocupado por la política, pero sobre todo por el desarrollo de un pensamiento crítico. Fue uno de los pasajeros privilegiados del siglo xx. Su pensamiento evolucionó desde el izquierdismo temprano hacia una conciencia mucho más crítica que lo acercó al pensamiento liberal moder-

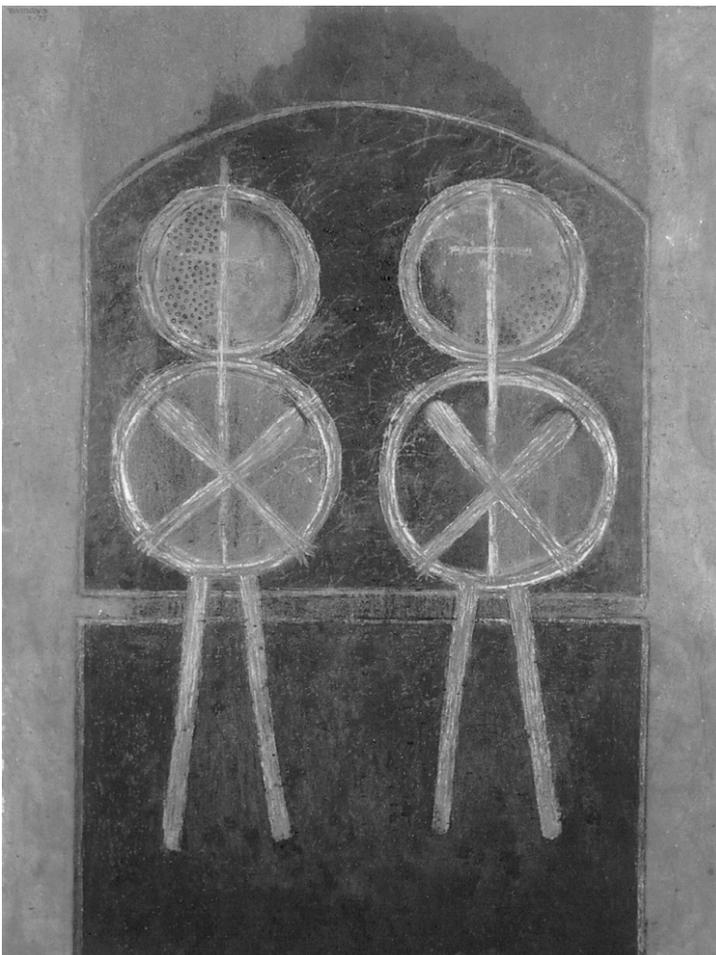
no. Es posible que el testamento político de Paz se encuentre en el Discurso del Premio Nobel, donde el poeta hizo una reflexión muy inteligente acerca del peligro del neoliberalismo y del libre mercado. Al final, nuestro hombre en Estocolmo se reconcilió con el joven militante que tomaba el tranvía de San Ildefonso a Mixcoac.

Muchos de nosotros aprendimos, gracias a Octavio Paz, a mirar el mundo y la política desde la perspectiva de lo diverso. La suya fue una posición siempre republicana, ajena al radicalismo ramplón de sus detractores, los comisarios disfrazados de intelectuales, pero distante también del neoliberalismo salvaje que actualmente recorre el mundo y nuestro país.

Paz es uno de nuestros últimos escritores modernos, en el sentido universal en que James Joyce, Ezra Pound o André Breton formaron parte de la modernidad. Bisingra o parteaguas, Paz mostró también una salida al discurso de lo moderno. Su aventura comenzó siendo personal, después se volvió universal y en sus últimos tiempos regresó a la solución íntima y casi secreta. El regreso fue una de sus grandes soluciones: el retorno al manantial cristalizado de la poesía.

En su obra última destaca sobre todo esa curiosidad intelectual que lo llevó hacia la poesía oriental. La suya no es la salida fácil de tantos poetas que han buscado en Japón o en la India un agujero frente al muro de la modernidad: la robinsonada *hippie* del regreso a las fuentes como si nada hubiese sucedido, el vacío sentimiento de la moda orientalista que cultivan los profetas del *new age*. Octavio Paz sabía, como lo presintió Baudelaire acaso por primera vez, que estaba atrapado entre las ruinas del presente y los esplendores fugitivos del pasado. Compartía ese sentimiento melancólico que Walter Benjamin vivió en carne propia de habitar un universo despojado de toda aura (religiosa o cultural) y al mismo tiempo de contemplar las ruinas espléndidas de la Tradición heredada.

Si el periodo preclásico de la literatura mexicana lo conforman los escritores del fin del porfiriato y la gene-



Rufino Tamayo, *Dos figuras*, 1975

ración revolucionaria, Octavio Paz es la gran figura de lo que podríamos llamar el periodo clásico de la literatura mexicana del siglo xx, al lado de sus predecesores (Villaurrutia, Cuesta, Pellicer, Gorostiza), sus contemporáneos (Rulfo, Revueltas, Sabines, Huerta) y sus sucesores (Carlos Fuentes, Eduardo Lizalde, Sergio Pitol, José Emilio Pacheco, Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Fernando del Paso, Carlos Monsiváis, José Carlos Becerra). Gracias a su obra, y a los otros clásicos, se prepara la generación posclásica de la literatura mexicana. A los autores del fin del siglo y de principios del tercer milenio (según Christopher Domínguez, los autores del siglo vii de la historia literaria de México), nos corresponde la creación de un nuevo periodo cuyo canon permanece aún en estado larvario.

Martin Heidegger —otro de los grandes viajeros del siglo xx— concibe de manera literal a Occidente como el lugar del ocaso, que en términos filosóficos se traduce como el crepúsculo de la metafísica. Oriente, según los mismos términos, es la tierra del amanecer, del principio. Octavio Paz, habitante de la ínsula del puente —esa palabra—talismán que podemos encontrar a lo largo de su obra poética—, en las páginas imprescindibles que concluyen *El laberinto de la soledad* y en múltiples ensayos supo situarse en el punto cenital, ahí donde las palabras dejan de proyectar sombra y todo parece brillar como un “alto surtidor que el viento arquea”. El asombro ante las palabras al mismo tiempo distantes del Ocaso y del Principio fue el lugar de su poesía. Ésa fue su certeza.

La presente edición de Voz Viva de Octavio Paz se compone de dos lecturas realizadas en distintos periodos. La primera corresponde a la edición de su disco en 1961, donde incluye poemas de *¿Águila o sol?*, *La estación violenta* y *Salamandra*. Hay que precisar que muchos de esos poemas fueron omitidos en la edición de 1961 por los evidentes motivos de extensión que los acetatos imponían. Gracias a un riguroso trabajo de restauración y digitalización del material original, hoy hemos logrado rescatar poemas más tempranos, provenientes de *Semillas para un himno*, y algunos fragmentos más de *¿Águila o sol?*, libro fundacional para la poesía hispanoamericana. La segunda lectura fue realizada durante la estancia de Octavio Paz en México con motivo de su ingreso a El Colegio Nacional en 1966, donde presentó algunos poemas que más tarde formaron parte del volumen titulado *Ladera este*. La lectura de estos textos coincide con un intenso trabajo y es contemporánea de una antología clásica de nuestras letras. Nos referimos a *Poesía en movimiento*. En estos poemas se percibe un cambio dramático en su labor poética. La experiencia de la India había rendido sus frutos. Continuaban algunas de sus obsesiones funda-



Rufino Tamayo, *Encantador de pájaros*, 1945

mentales: el erotismo, la celebración del paisaje, el mestizaje cultural, la ironía, pero también en estos textos, sobre todo en el poema titulado “Viento entero”, nos adentramos en una nueva cartografía del poeta donde sus preocupaciones cristalizan en lo que sería su poesía posterior. Durante muchos años esas grabaciones permanecieron guardadas, como muchos otros tesoros, en los archivos de Voz Viva. Hoy la UNAM tiene el orgullo de editarlas para presentarnos a un poeta en constante renovación.

Octavio vuelve a subirse al tranvía que lo llevará de Mixcoac a San Ildefonso. Se encontrará hoy con el joven que fue y conversarán de política, de pintura, pero sobre todo de poesía. Para concluir, quisiera citar otro de sus grandes poemas titulado “Hermandad”:

*Soy hombre: duro poco  
y es enorme la noche.  
Pero miro hacia arriba:  
las estrellas escriben.  
Sin entender comprendo:  
también soy escritura  
y en este mismo instante  
alguien me deletrea.*